velocidad, no pudo haber resistencia ni consejo para poderla hacer. Y así, como en el cerco que puso el pueblo de Dios a los de la ciudad de Jericó, cayeron sus muros con regocijo de los que la cercaban, así estos muros y cercas infernales tuvieron fin con este medio, con voces de alabanza y alarido de alegría de los niños fieles; quedándose los que no lo eran espantados y abobados y quebradas las alas (como dicen) del corazón, viendo sus templos y dioses por el suelo; y ellos desconfiados de poderlos restituir ni colocar en su antigua honra, como lo quedaron los indios, después que por Tito y Vespasiano fue destruido su templo, que no sólo lo perdieron, pero juntamente la esperanza de verlo otra vez reedificado.

De esta heroica hazaña que estos benditos padres hicieron, quisieron algunos argüirlos de temerarios y atrevidos, y aun en alguna manera desatinados; porque pudo resultar dello amotinarse y alborotarse los indios y poner en ellos las manos y matarlos. También decían que no se les podía hacer aquel daño con buena conciencia, por ser tales y tan buenos los edificios que les destruyeron, y muchas las ropas y atavíos y cosas de ornamentos de los ídolos, y los mismos ídolos y templos que allí se abrasaron y perdieron. A lo cual respondieron los frailes, con muchas y buenas razones, que del capítulo siguiente se entenderán.

CAPÍTULO XX. *Donde se responde a los calumniadores y murmuradores de este hecho de destruir los templos del demonio, y se declara haber sido obra muy provechosa para el progreso y aumento de la cristiandad de estos indios*

EN LA RELACIÓN QUE HALLÉ CERCA DE LA CULPA que sobre el caso precedente se les imponía a los frailes, parece que se da a entender que a estos mormuradores o argüidores les movía envidia de que los frailes se hiciesen dueños de la destruición de la idolatría, porque a solas se habían atrevido a cosa tan peligrosa y de riesgo, sin llamarlos para que los ayudasen. Y como en aquella sazón no hubiese otros frailes, sino los de San Francisco, mi padre, ni otros ministros de la iglesia, sino ellos, de aquí se sigue que los que lo murmuraban y calumniaban no eran frailes, ni ministros eclesiásticos, sino españoles seculares. La causa, pues, que me mueve a pensar que era envidia suya, coloreada con celo de pacificación y no celo del bien de la república, pues ellos no habían acudido antes al reparo de este daño, era que como vinieron en compañía del capitán don Fernando Cortés (el cual, como tan católico cristiano y celoso de la honra y servicio de Dios, por los pueblos que pasaba hacía a sus moradores que destruyesen los templos y quebrasen los ídolos, que en público parecían, cuya primera obra de esto hizo Cortés en Cempoalla, como en el capítulo siguiente veremos) debíanse de preciar de conquistadores en lo espiritual, así como lo eran en lo temporal. Y no querían que en esto, otro ninguno les quitase

el blasón y gloria de que se jactaban. Pero no tenían razón, porque puesto que era verdad que habían destruido templos e ídolos en algunas partes, como fue en Tepeaca, Cholulla, Itztapalapan, Xochimilco, Coyoacan, Tlacupa, Azcaputzalco, Tenayucan, Quauhtitlan y otros algunos pueblos cercanos a esta ciudad de Mexico, no empero los habían derribado en todas las demás partes; y en estas referidas fue tan superficialmente que no habían pasado por ellos cuando volvían los indios a reedificarlos y quedarse en su antigua idolatría, porque para consumirla no bastaba aquel repentino remedio. Demás de que cuando se ocuparon en esto los mismos indios escondían los ídolos que podían, por no verlos en manos de sus enemigos, para que habiendo pasado les quedasen dioses que adorar y que poner en sus altares.

Pero los frailes, como cosa que impedía su ministerio, entendieron en desarraigar totalmente la idolatría; y por esto no sólo curaban de doctrinar, sino también usar de todos los medios convenientes al aumento de su doctrina. Uno de los cuales fue (y el mayor) asolarles y destruirles los templos, con todo lo que les pertenecía, porque quitadas y cortadas las raíces, fácilmente se secasen las ramas; y viéndose los indios sin sombra de idolatría, la fuesen olvidando poco a poco y se acogiesen al amparo del cielo y al refugio cierto que es Dios verdadero.

Por esta razón intentaron el primer medio que les pareció necesario para convertir a estas gentes, que fue de aprovecharse de la predicación destos niños referidos en el capítulo pasado; porque si ellos no hubieran ayudado a la obra de la conversión, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fuera lo que escribió el obispo de Tlaxcalla, que entonces era, al emperador Carlos V, de inmortal memoria, diciendo: Nosotros los obispos, sin los frailes intérpretes, somos como halcones en muda; así lo fueran los frailes sin los niños; y cuando se vido que aqueste medio solo no bastaba se acudió al principal, que fue derribarles los ídolos.

Y de haberse así acertado o (por mejor decir) haberlo Dios por su bondad así guiado, muy notable ejemplo tenemos en el santo y muy glorioso abad Abraham, que como un obispo le enviase a convertir un pueblo de gentiles, habiéndoles predicado cumplidamente por palabra y ejemplo, no bastando, gastó el patrimonio o heredad de sus padres en hacer una devota iglesia en aquel incrédulo pueblo, y como todavía permaneciesen duros e idólatras, púsose a lo que le viniese, y determinó de quebrantarles los ídolos. Por lo cual los gentiles le dieron muchos palos y tan crueles azotes, que casi lo dejaron por muerto. Pero luego que se vieron sin ídolos, se convirtieron y adoraron a Dios, bautizándose. Pues este santo de creer es que era regido por el Espíritu Santo, y que el principio de la conversión de aquellos gentiles fue quitarles sus ídolos. Esto, pues, se hizo aca. Y cierto que si entonces no se hubiera hecho, hasta hoy día hubiera muchas partes llenas de ídolos y de idolatrías, aun de aquellos que ha muchos días y aun años que son bautizados y convertidos a Dios. Verdad sea que a gentiles de otra arte y otro poder y libertad y ajenos de letras y también en algunos tiempos y coyunturas, no todas veces converná quitarles los

ídolos; pero quien tuviere experiencia y conociere estas gentes y tierras, luego verá cómo fue muy bien y cosa muy acertada y aun necesaria hacer esto, como está dicho, y creer que así lo ordenó Dios para mejor introducir en las almas idólatras destos gentiles su divina palabra y evangelio.

También pudieron ser estos que lo murmuraban, algunos que del saco de aquellos templos quisieran algún aprovechamiento y parte, si los frailes les dieran aviso de lo que intentaban, aunque a lo que yo pienso, más les movería a tachar aquella obra el temor de que los indios se alborotasen (como ellos mismos lo dijeron) y levantasen contra ellos, engendrando temor (como dice el psalmo) donde no lo había; y como eran pocos y el gobernador ausente, recelaban que los matasen a todos; porque este temor duró por muchos años entre los españoles, aunque no entre los frailes. Lo uno, porque no temían recebir la muerte por amor de Dios, pues a esto habían venido, si por defender su honra los mataban; y lo otro, porque conocían la calidad y condición de los indios, que si veían temor o pusilanimidad en los que los trataban, cobrarían ánimo para atreverse, y por el contrario, si conocían brío y fortaleza en sus contrarios y opuestos, luego se amilanarían y acobardarían, como en realidad de verdad en este mismo caso se halló por experiencia; porque cuanto a lo temporal pasa así, que los indios en aquella misma sazón y coyuntura andaban en conciertos de levantarse contra los españoles, y querían ofrecer nuevos sacrificios a los ídolos, demandando a los dioses favor contra los cristianos; a los cuales no tenían en nada por ser pocos y mal avenidos, que andaban entonces en bandos, sobre quién dellos mandaría a los indios, para aprovecharse más dellos; y porque Cortés (a quien tenían respeto y temor) no estaba en la tierra. Visto (pues) que los frailes, con tanta osadía y determinación, pusieron fuego a sus principales templos y destruyeron los ídolos que en ellos hallaron; habiendo precedido poco antes el pregón y mandato riguroso del gobernador, sobre que no se hiciese más sacrificio, ni servicio a los demonios, parecióles a los indios que este hecho no iba sin fundamento y que Cortés debía de volver y habría por ventura venido más gente de Castilla; y con esto amainaron y cesaron de sus conciertos y cobraron temor, viendo que los españoles no temían. Porque si tomaban antes desto ánimo para rebelarse, era porque sintieron que los españoles andaban con mil recelos y temores; y fue así que unos veinte o treinta días velaron los nuestros la ciudad de Mexico, y con tanto temor que no osaron andar con estruendo de caballos, sino como quien vela, espiando, ni se atrevían a salir fuera de la ciudad, ni ir a parte ninguna fuera de Mexico; pero después por codicia de unas minas que se descubrieron se iban ya saliendo y dejando sola la ciudad, con harto peligro de sus vidas y de perderlo todo. Que por poco fuera también esto causa y ocasión de rebelarse los indios, si los frailes no procuraran de estorbarlo, como en el siguiente capítulo se verá.

Pues cuanto a lo espiritual que principalmente deseaban los religiosos, bien se experimentó el provecho que resultó de destruir los templos e ídolos, porque viendo los infieles que lo principal dellos estaba por tierra, desmayaron en la prosecución de la idolatría, y de allí adelante se abrió

la puerta para asolar y destruir lo que della quedaba. Porque ya como vencidos en lo más no trataban de resistir a lo que era menos, cuando los religiosos iban o enviaban a sus discípulos a buscarles los ídolos que tenían y a quitárselos, y a destruir los demás templos menores que quedaron; antes fue tanta la cobardía y temor que desto cobraron, que no era menester más de que el fraile enviase alguno de los niños con sus cuentas u otra señal, para que hallándolos en alguna idolatría o hechicería o borrachera, se dejasen atar dellos diciéndoles que el padre los llamaba. Y esta increíble sujeción y respeto que a los religiosos tuvieron, fue menester para el aprovechamiento de su cristiandad.

Otras razones hay que fueron motivo a estos apostólicos varones para derribar estos enemigos templos y dar en el suelo con sus diabólicos ídolos, de las cuales es una, haber venido a plantar la fe de Jesucristo y a enseñar su ley divina, cuyo primer mandamiento es amar y honrar a Dios; y la idolatría y adoración de los ídolos es directamente contra este mandamiento, dándose honra fingida y falsa al demonio, la cual toda se debe a Dios verdadero, en todos los siglos y en todo lugar, y ésta no quiere darla a los ídolos, formados de palo y piedra; y con este divino celo se lo mandó así a los de su pueblo, diciendo:[1] No ternás dioses ajenos en mi presencia, ni harás ídolos esculpidos, ni alguna semejanza de las cosas del cielo, ni de la tierra, ni del agua; el cual mandamiento debe ser favorecido de los hombres en todo aquello que le contradice, por ser tan del servicio de Dios y provecho de los de su rebaño. Esto ha de ser hecho por manos de sus ministros y cultores, cumpliendo lo que él mismo Dios dice en ignominia y afrenta de los idólatras y de esos mismos ídolos que adoran, diciendo: Yo haré perecer tus ídolos esculpidos y labrados y quitaré de los ojos tus estatuas, y no adorarás más las obras de tus manos. Y entre las maldiciones que da a sus adoradores, dice la primera: Maldito sea el hombre que hace ídolos esculpidos y vaciadizos, que son abominación del Señor; y responderá y dirá todo el pueblo, amén.[2] Y en el *Deuteronomio*,[3] dice: Destruid todos los lugares en los cuales los gentiles han adorado a sus dioses, desbaratad todos sus templos y altares y despedazad las estatuas de sus ídolos.

Pues siendo esto así verdad y muy de obligación de los ministros de Dios, ¿qué pecaron estos santos religiosos en ponerlo por obra? Antes, si no lo intentaran y los dejaran vivir idólatras (pudiendo remediarlo) pecarán gravemente. Y si a la maldición que Dios hecha, debe responder el pueblo amén, que es decir, así se haga como Dios lo manda, ¿por qué estos españoles lo habían de murmurar? Y si lo murmuraron porque no fueron llamados, ¿por qué antes de murmurarlo no se determinaron a hacerlo? contentándose solamente con que los indios no hiciesen sacrificios y ofrendas al demonio en lugares públicos, pues sabían que los que les eran hechos en secreto eran muy grave pecado, y que con la continuación dellos no sólo no había de ir en aumento la fe, antes en tanta diminución que

[1] Exod. 20.
[2] Mich. 5.
[3] Deut. 12.

no pararán hasta acabarla y consumirla y darles muerte a sus defensores y ministros.

Mucho hay que maravillar de los que han querido macular la santa y religiosa intención de los apostólicos ministros, y han querido reprehender (como cosa mala) su cristiana determinación y osadía; porque si fundan su razón en decir que es contra conciencia derribar templos del demonio, por ser sumptuosos sus edificios, y que también lo es quemarles sus ornamentos y ropas, pudiendo aprovecharlas, podrían también advertir los semejantes que en el templo antiguo de Dios concurrían estas dos cosas con grandísima eminencia, conviene a saber, edificio sumptuoso y riqueza, nunca tal oída. Pero estas dos cosas las menospreció Dios, muchas veces, por ocasiones que tuvo de enojo contra su pueblo, y las entregó a los enemigos, asolando su casa dos o tres veces, y poniendo en manos ajenas sus riquezas; y pues que trató tan mal sus bienes sólo porque estaban en poder de sus ofensores, ¿por qué los que son del demonio habían de ser más estimados, siendo de directo en su ultraje y menosprecio? Y si para el provecho espiritual destos idólatras convino el asolamiento de todo, esto fue menos mal que todo se quemara, que no que todos perecieran en el abismo y profundo del infierno, acompañando en aquellos fuegos eternos los demonios que los traían engañados; y pues no hay comparación del rescate de un alma al que se puede hacer de edificios y cosas de ropas y alhajas, así tampoco es mucho de preciar estas cosas si son en riesgo y peligro de las almas. De manera que no fue daño que recibieron estos indios en la destruición de sus templos, sino ganancia de sus almas.

Demás desto, fue en favor este hecho, del segundo precepto, que es semejante al primero. Porque esto es cierto, que se ha de tener dolor y lástima del próximo, y que estos indios lo eran, los cuales, como todos los demás, eran hechos a la imagen y semejanza de Dios; y era confusión grande nuestra que sabiendo que estaban obligados, por ser criaturas suyas, a adorarle a él solo, los dejaran estos santos ministros adorar piedras y palos, siendo cosas muertas y sin vida, y que por esta vía fuesen esclavos del demonio y que no impidiesen este daño, pudiendo, aunque les costase la vida. Porque no es razón que lo que puede ser y es cierto en servicio de Dios, se deje de obrar por lo incierto que puede suceder en el riesgo que se ponen las que lo hacen. Y si al provecho de estos indios convenía derribarles los templos e ídolos, no sólo no fue mal hecho derribarlos, pero muy bien hecho. De lo cual tenemos ejemplo en Rachel, mujer del patriarca Jacob, que por quitar la ocasión de la idolatría a su padre Labán, le hurtó los ídolos que adoraba; y no pecó en este hecho, ni fue propriamente hurto, aunque eran de tan precioso metal, como es el oro.[4]

Demás de que es cosa cierta y averiguada, de que ha de cesar la idolatría y adoración del demonio, para que se introduzga la fe de Jesucristo, porque si no hubiera de ser así no dijera el mismo Cristo, hablando de su santo conocimiento entre todas las gentes, que todo el mundo

[4] Genes. 31.

ha de ser un rebaño suyo, y él sólo pastor deste rebaño. Y habiendo de cumplirse, como se ha de cumplir, ya en estos indios llegó la hora, y estando en ella era circunstancia necesaria, para su conversión y reducción a este rebaño, que se acabasen las casas del demonio, y destruyesen los ídolos. Como lo dijo por su profeta Miqueas,[5] por estas palabras: Todos sus ídolos labrados serán quebrados, y todas sus alhajas y ropas quemadas en fuego, y todos sus ídolos los entregaré a perdición. Pues, ¿quién duda que esta profecía no viene con este hecho, en el cual se derribaron los templos y se quemaron con fuego los ídolos y sus ornamentos y ropas, cumpliéndola estos varones religiosos, al pie de la letra, como el profeta lo había dicho? Y así ya no hay cosas destas enhiestas, sino sola la cruz de Jesucristo y su santa fe, así por todos los lugares como en los corazones de los indios; y no sólo fue destruida la idolatría (como queda dicho), mas también perecieron los nombres de los dioses o demonios, nombrados con semejantes nombres, según lo dijo Dios por su profeta.[6] Destruiré los nombres de los ídolos de la tierra y no habrá más memoria dellos. Y si no, ¿pregúntese en la isla de Cuba, y en La Española, la presteza y aceleración con que esto se acabó y tuvo fin, y en esta tierra firme, lo que duró esta memoria? Porque está tan borrada entre los indios, que apenas hay quien sepa cómo se llamaban algunos. Yo he hecho la experiencia, para haber de ponerlos por escrito en los lugares que en esta obra ha convenido, y no sólo no me han sabido dar razón dellos, pero aun casi se han admirado de oírlos; y faltara esta memoria si los pasados no la hubieran dejado dellos.

Y lo que más espanta es que, siendo en número tantos, no haya ya memoria de ninguno; y no es cosa de encarecimiento decir que fueron muchos, porque los que bien los contaron hallaron haber entre éstos más que habían en el panteón de Roma, y un religioso llegó a contar los nombres de mil dioses; y otro los llegó a dos mil y no acabó. Pero aunque eran tantos, muy bien se cumplieron en ellos las palabras del Señor; porque ya no hay memoria dellos, y muy bien concuerda con esta profecía dicha, lo que luego se sigue. La causa de haber de perecer es, porque en el principio del mundo no había ídolos, ni tampoco durarán para siempre, y así su fin es breve. Esto es en los años primeros, que la verdad y fe de Jesucristo se predicó, luego fue consumida la idolatría y se cumplió a la letra otra profecía de Ezequiel,[7] que dice: Vuestros altares perecerán y vuestros ídolos serán quebrantados y cesarán, y vuestros templos serán derrocados y vuestras obras serán quitadas, y sabréis que yo soy el Señor; como sucedió, en realidad de verdad, que perdiendo su nombre el demonio se conoció el de Dios.

[5] Mich. 1.
[6] Zach. 13.
[7] Ez. 6.